

BETHAN ROBERTS

MI POLICÍA

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

 Planeta

PEACEHAVEN, OCTUBRE DE 1999

He llegado a valorar la posibilidad de comenzar con estas palabras: «Ya no quiero matarte», porque es que no quiero, pero luego he decidido que tal vez lo consideraras demasiado melodramático. El melodrama siempre te ha sacado de quicio, y no quiero perjudicarte ahora, no en tu estado, no cuando esto podría ser el final de tu vida.

Mi intención es esta: ponerlo todo sobre papel para poder entenderlo. Esto es una confesión, por así decirlo, y merece la pena no errar con ningún detalle. Cuando termine, planeo leértela a ti, Patrick, porque tú ya no puedes responder. Y me han recomendado que siga hablando contigo. Los doctores dicen que hablar es vital para tu posible recuperación.

Apenas puedes hablar y, aunque estés conmigo en casa, nos comunicamos mediante papeles. Y cuando digo papeles me refiero a señalar tarjetas. No puedes articular palabra, pero sí que puedes apuntar con el dedo tus necesidades: «beber», «baño», «bocadillo». Sé que lo quieres incluso antes de que el dedo alcance las imágenes, pero te dejo que las señales de todas formas, porque creo que lo mejor es que seas independiente.

¿No te parece extraño que sea yo ahora el del bolígrafo

y el papel, y que esté escribiendo...?, ¿qué podría ser? No es ni de lejos un diario, no como el que tú llevabas. Sea lo que sea, ahora soy yo quien escribe mientras tú estás tumbado en la cama, observando hasta el más mínimo de mis movimientos.

Nunca te ha gustado esta costa, siempre te has referido a ella como «extrarradio marítimo», el lugar al que acuden los viejos a disfrutar de las puestas de sol y esperar la muerte. ¿No fue esta zona —expuesta, solitaria, barrida por los vientos, como los mejores asentamientos costeros ingleses— la que en el invierno del 63 apodaron Siberia? Ya no está tan desangelada, aunque sigue siendo igual de uniforme; creo que, de hecho, es tan predecible que hasta me aporta un cierto confort. En Peacehaven las calles son todas iguales, mires donde mires: un bungaló modesto, un jardín funcional y unas vistas oblicuas al mar.

Me resistí bastante cuando Tom me propuso que nos mudáramos aquí. ¿Cómo iba a querer yo, residente en Brighton de toda la vida, vivir en una sola planta, por mucho que el agente inmobiliario afirmara que el bungaló era como un chalé suizo? ¿Cómo iba a conformarme con los estrechos pasillos del súper local, el hedor a grasa rancia de la pizzería Joe's y la Kebab House, las cuatro funerarias, una tienda de animales llamada Animal Magic y una tintorería cuyo personal, según decían, se había «formado en Londres»? ¿Cómo iba a resignarme a ese tipo de cosas después de haber vivido en Brighton, donde las cafeterías están hasta la bandera siempre, las tiendas venden más de lo que podría una imaginar, y mucho menos necesitar, y el puerto siem-

pre brilla, siempre está abierto y parece, a menudo, algo amenazante?

No. La idea me pareció un horror, y tú habrías opinado lo mismo. Pero Tom estaba decidido a mudarse a un lugar más tranquilo, más pequeño y, en teoría, más seguro. Creo que, en parte, estaba hasta el moño de que todo le recordara sus viejas rutinas, el ritmo extenuante que llevaba. Si hay algo que un bungaló de Peacehaven no te recuerda es precisamente el ajeteo del mundo. Total, que aquí estamos, donde antes de las 9.30 de la mañana y las 21.30 de la noche no hay ni un alma en la calle, más allá del puñado de adolescentes que se juntan a fumar delante de la pizzería. Aquí estamos, en un bungaló de dos habitaciones (no, no es un chalé suizo, ya te digo yo que no), a un tiro de piedra de la parada de autobús y del súper, con un señor jardín que exige cuidados, un tendedero que no para de dar vueltas y tres edificios exteriores (cobertizo, garaje e invernadero). Se salvan las vistas al mar, que, en efecto, son oblicuas; se pueden disfrutar desde la ventana de la habitación de invitados. Te he cedido esta habitación y he colocado la cama para que contemples el mar todo lo que quieras. Te he ofrecido todo esto, Patrick, a pesar de que Tom y yo jamás pudimos disfrutar de esas vistas. Tú, desde tu pisito de Chichester Terrace con acabados estilo Regencia, disfrutabas del mar todos los días. Me acuerdo a la perfección de las vistas que había desde tu piso, aunque apenas te visitaba: las vías del tren de Volk, los jardines de Duke's Mound, el rompeolas con sus blanquísimas crestas los días de viento y, por supuesto, el mar, siempre distinto, siempre igual. Lo único que Tom y yo veíamos desde nuestra casa apareada en Islingword Street eran nuestros propios

reflejos en las ventanas de los vecinos. Y sí, aun así me resistí a dejar nuestro hogar.

Así que sospecho que cuando saliste del hospital y llegaste aquí la semana pasada, cuando Tom te levantó del coche y te dejó en la silla de ruedas, viste exactamente lo mismo que yo: la regularidad del estuco marrón, el plástico —pulido a más no poder— de la puerta con doble revestimiento de vidrio, el cuidadísimo seto de coníferas que rodea el terreno, y se te encogió el corazón, lo mismo que en su día se encogió el mío. Y el nombre: Los Pinos. Tan poco apropiado, tan poco original. Seguro que te cayó una fría gota de sudor por el cuello y la camiseta empezó a molestarte. Tom empujó la silla por el camino de entrada. Seguro que te diste cuenta de que cada losa era una pieza perfectamente nivelada de cemento gris rosáceo. Cuando metí la llave en la cerradura y dije «bienvenido», entrecruzaste tus marchitas manos y torciste el gesto en algo cercano a una sonrisa.

Cuando entraste en el recibidor empapelado de beige, debiste de oler la lejía que usé para preparar tu estancia con nosotros, y seguro que percibiste el olor de Walter, nuestro collie mestizo, flotando por debajo de los productos de limpieza. Asentiste sutilmente al ver la foto enmarcada de nuestra boda, de Tom con el deslumbrante traje de Copley's, que corrió por tu cuenta, y yo con aquel rígido velo. Nos sentamos en la sala de estar, Tom y yo en el tresillo de terciopelo marrón que hemos comprado con lo que le dieron a Tom por la jubilación, y escuchamos el tic-tac de la calefacción central. Walter jadeaba a los pies de Tom. Luego Tom dijo: «Marion te ayudará a instalarte». Y detecté la mueca que esbozaste ante las ganas de marchar

que tenía Tom, y cómo clavaste la mirada en los visillos mientras él se encaminaba hacia la puerta y decía: «Tengo unos recados, no tardo».

El perro lo siguió. Tú y yo nos quedamos oyendo los pasos de Tom en el recibidor, la prisa con la que cogió la chaqueta de la percha, el sonido metálico mientras rebuscaba las llaves en el bolsillo; lo oímos ordenarle a Walter con dulzura que se quedara allí, y el otro único sonido que se produjo fue la succión de aire de la puerta doble cuando salió del bungalow. Cuando por fin te miré, te temblaban las manos, inertes sobre tus rodillas huesudas. ¿Pensaste en ese momento que, quizá, estar en casa de Tom no era como imaginabas?

Cuarenta y ocho años. Ese es el tiempo que me tengo que remontar, hasta el día en que conocí a Tom. Y puede que me esté quedando corta.

No te imaginas lo introvertido que era. *Tom*. Hasta el nombre es firme, poco pretencioso, aunque oculte una posible sensibilidad. No se llamaba Bill, Reg, Les ni Tony. ¿Lo llegaste a llamar Thomas alguna vez? A mí me habría gustado. A veces incluso me planteé la posibilidad de rebautizarlo. *Tommy*. A lo mejor tú lo llamabas así, al guaperas de brazos enormes y rizos rubio oscuro.

Conocía a su hermana del instituto. Íbamos a segundo cuando, un día, me asaltó en un pasillo y me dijo:

—Oye, que estaba pensando... Tienes buena pinta, ¿quieres ser mi amiga?

Hasta ese momento, nos pasábamos el día solas, sobrecogidas por los extraños rituales de la escuela, los espacios reverberantes de las aulas y las voces entrecortadas de las demás chicas. Dejaba que Sylvie se copiara los deberes y ella me ponía sus discos: Nat King Cole, Patti Page, Perry Como. Juntas, para nuestros adentros, tarareábamos canciones que hablaban de encontrarse con desconocidos por la noche al final de la cola del potro, y dejábamos pasar

primero a todas las demás. No nos gustaba jugar. Me encantaba ir a su casa porque Sylvie tenía cosas, y su madre le dejaba que se peinara el pelo, rubio y quebradizo, imitando estilos poco adecuados para su edad; creo que incluso la ayudaba a darle forma de rizo al flequillo. Por aquel entonces, yo tenía el pelo tan rojo como siempre, recogido en una gruesa trenza que me caía por la espalda. Si perdía los estribos en casa —me acuerdo de una vez que le pillé la cabeza enérgicamente a mi hermano Fred con la puerta—, mi padre solía mirar a mi madre y exclamaba:

—Ahí tienes el rojo vivo que le corre por dentro.

Porque, claro, la herencia pelirroja se la debía a mi madre. Creo que tú una vez me llamaste la «amenaza roja», ¿no, Patrick? En esa época ya había hecho las paces con el color, pero siempre tuve la sensación de que todo el mundo me prejuizgaba por tener el pelo rojo: la gente esperaba de mí que tuviera mal carácter, y yo tampoco me contenía si notaba cómo me iba calentando por dentro. Tampoco es que ocurriera a menudo, claro. Pero a veces cerraba puertas de golpe o tiraba al suelo la vajilla. Una vez le di tan fuerte al rodapié con la aspiradora que se resquebrajó.

Cuando me invitaron por primera vez a casa de Sylvie, en Patcham, le vi un pañuelo de seda color melocotón y me encapriché. Sus padres tenían un mueble bar alto en el salón, con puertas de cristal y estrellas negras pintadas.

—Aún lo están pagando —comentó Sylvie antes de esbozar un gesto burlón y guiarme hasta el piso de arriba.

Me dejó que me pusiera el pañuelo y me enseñó todos los botecitos de pintaúñas que tenía. El primero que abrió olía a gominola. Sentadas en su impecable cama, escogí el púrpura oscuro para pintarle las uñas, anchas y mordidas,

y, cuando acabé, me acerqué su mano a la cara para soplar con delicadeza. Acto seguido, me acerqué su pulgar a la boca y pasé el labio superior por encima de la uña para comprobar si se había secado.

—¿Qué haces? —preguntó, y soltó una risotada molesta.

Le solté la mano y volvió a caer sobre su regazo. Su gato, Midnight, se acercó y se frotó contra mis piernas.

—Lo siento —me disculpé.

Midnight se estiró y se apretó contra mis tobillos con una urgencia cada vez mayor. Alargué un brazo para rascarle detrás de las orejas y, mientras seguía inclinada encima del gato, la puerta de la habitación de Sylvie se abrió.

—Fuera de aquí —ordenó Sylvie con un tono apático.

Me enderecé de golpe, asustada por si me lo había dicho a mí, pero tenía la mirada clavada en la puerta. Me volví y allí estaba, y yo me llevé la mano al pañuelo de seda que tenía en el cuello.

—Fuera de aquí, Tom —repitió Sylvie con un tono que transmitía resignación, como si hubiera asumido los roles que cada uno interpretaba en aquel humilde sainete.

Estaba apoyado en el marco de la puerta con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, y pude apreciar las delicadas líneas de los músculos de sus antebrazos. No debía de tener más de quince años, apenas uno más que yo, pero ya era un chaval ancho de hombros. Tenía una cicatriz a un lado de la mandíbula, una muesca diminuta, como una huella dactilar en plastilina, y nos miraba con desdén. Ya en aquel momento supe que lo hacía adrede, porque sí, porque creía que le daba aspecto de malote; pero el efecto de su cuerpo apoyado en el marco y esos ojos

azules —pequeños, profundos— clavados en mí hicieron que me ruborizara, hasta tal punto que agaché la cabeza y hundí otra vez los dedos en el pelo gris que Midnight tenía alrededor de las orejas, y clavé la mirada en el suelo.

—¡Que te vayas! —gritó Sylvie, esta vez a viva voz, y la puerta se cerró de un portazo.

Como puedes imaginarte, Patrick, tardé un buen rato en reunir la confianza necesaria como para apartar la mano de las orejas del gato y volver a mirar a Sylvie.

Después de aquello, hice todo lo posible por cuidar mi relación con ella. A veces cogía el autobús hasta Patcham y pasaba por delante de su casa adosada, miraba las brillantes ventanas y me decía a mí misma que ojalá que Sylvie saliera en aquel momento, cuando, en realidad, tenía el cuerpo entero agarrotado ante la expectativa de que Tom apareciera. Una vez, me senté en el muro que había al doblar la esquina de su casa hasta que se hizo de noche y dejé de sentir los dedos de pies y manos. Escuché el trino de los mirlos hasta hartarme, percibí el aroma húmedo que iba emanando de los setos que me rodeaban y, poco después, volví a casa en autobús.

Mi madre miraba muchísimo por la ventana. Siempre que cocinaba, se inclinaba por encima de los fogones y echaba un vistazo por el estrechísimo cristal de la puerta trasera. Yo tenía la impresión de que siempre estaba preparando salsas y mirando por la ventana. Se pasaba muchísimo tiempo ligando la salsa, rascando trozos de carne y restos de cartílago de la cazuela. Sabía a hierro y no le había acabado de quitar los grumos, pero mi padre y mis herma-

nos cubrían el plato hasta el borde. Había tantísima salsa que acababan manchándose los dedos y las uñas, y se la lamían mientras mi madre fumaba y esperaba para lavar los platos.

Mis padres estaban siempre besándose. Los veía en el fregadero, él agarrándole con fuerza la nuca con la mano, ella rodeándole la cintura con el brazo, atrayéndolo hacia sí. En aquel momento me costaba entender cómo podían encajar tan bien, cómo era posible que se sintieran tan estrechamente unidos. Eso sí: a mí me parecía algo casi rutinario, así que me quedaba sentada a la mesa de la cocina, ponía sobre el mantel acanalado mi revista *Picturegoer*, apoyaba la barbilla en la mano y esperaba a que acabaran. Lo más extraño era que, a pesar de tanto beso, no solían charlar demasiado. Hablaban a través de nosotros: «Pregúntaselo a tu padre». O: «¿Qué opina tu madre?». En la mesa siempre estábamos Fred, Harry y yo, y papá leyendo el *Gazette*, y mamá en la ventana, fumando. Creo que nunca llegó a sentarse a comer con nosotros, salvo los domingos, cuando venía mi abuelo paterno Taylor. Llamaba a mi padre «chaval» y le iba dando al cobarde de su terrier, acurrucado debajo de su silla, prácticamente toda su cena. Total, que mi madre no tardaba en volver a levantarse y encenderse otro cigarrillo, recoger los platos y lavar los cacharros en el fregadero. Me colocaba en el escurridor a secar la vajilla, me ataba un delantal en la cintura, uno que no me fuera demasiado largo y que, aun así, tenía que doblar por la parte superior, y yo intentaba inclinarme por encima de la pila, igual que ella. A veces, cuando me quedaba sola, miraba por la ventana y trataba de imaginarme lo que debía de pensar mi madre cuando echaba la vista al techo inclinado de nuestro cobertizo, a las de-

saliñadas coles de Bruselas de mi padre y a la diminuta porción de cielo que se veía por encima de las casas de los vecinos.

Durante las vacaciones de verano, Sylvie y yo solíamos ir a la piscina del Black Rock Lido. Yo siempre quería ahorrar dinero y que nos sentáramos en la playa, pero Sylvie insistía en que el Lido era la mejor opción. En parte lo decía porque allí era donde podía tontear con los chicos. No pasaba un curso en que no tuviera algún admirador, mientras que yo, por lo visto, no le despertaba interés a nadie. La idea de pasar otra tarde viendo cómo se comían a mi amiga con los ojos nunca me entusiasmó, pero aquella piscina, con sus relucientes ventanas, deslumbrante cemento blanco y hamacas rayadas, era demasiado bonita como para resistirme, así que al final siempre acabábamos pagando los nueve peniques que costaba y atravesábamos los torniquetes hasta el borde de la piscina.

Recuerdo una tarde como si hubiera sido ayer. Las dos debíamos de tener diecisiete años. Sylvie se había puesto un bikini verde lima y yo un bañador rojo que me iba pequeño. No dejaba de recolocarme las tiras y bajarme la parte de las piernas. En aquella época, Sylvie ya tenía unos pechos impresionantes y una cintura delicada; yo seguía conservando una silueta más bien rectangular con una ligera acumulación extra de grasa en los costados. Llevaba un corte de pelo estilo bob, que me gustaba mucho, pero era demasiado alta. Mi padre me decía que no me encorvara, pero también me recordaba que me pusiera siempre zapatos planos.

—A ningún hombre le gusta llegarle por la nariz a una mujer —añadía—. ¿A que no, Phyllis?

Y mi madre sonreía y no decía nada. En el instituto no paraban de repetirme que, con mi altura, se me podía dar bien el baloncesto, pero era más mala que un dolor. Me quedaba en la pista de juego, fingiendo que esperaba un pase que nunca llegaba, mientras me dedicaba a mirar por encima de la valla a los chicos que jugaban al rugby. Sus voces eran totalmente distintas a las nuestras, profundas y firmes, con la seguridad de los chavales que saben cuál será el próximo paso en sus vidas. Oxford. Cambridge. Derecho. El instituto de al lado era privado, como el tuyo, y los chicos parecían mucho más guapos que aquellos con los que me relacionaba. Llevaban chaquetas hechas a medida y caminaban con las manos en los bolsillos mientras los largos flequillos caían sobre su rostro; los que yo conocía (pocos, todo sea dicho) parecía que fueran a cargar contra ti, mirando siempre al frente. No había ningún misterio. Todo de cara. No es que yo hablara con ninguno de esos chicos con flequillo. Tú ibas a uno de esos institutos, pero no eras así, ¿verdad, Patrick? Eras como yo, no encajabas. Te calé nada más verte.

No hacía tanto calor como para bañarse. Corría un aire fresco del mar, pero el sol brillaba con fuerza. Sylvie y yo nos tumbamos en las toallas. Yo me dejé la falda puesta encima del bañador, mientras Sylvie depositaba sus cosas en una hilera perfecta a mi lado: peine, maquillaje, cárdigan. Se incorporó y entrecerró los ojos, analizando a los grupitos de aquella terraza bañada por el sol. Su boca siempre parecía dibujar una sonrisa invertida, y sus dientes delanteros seguían la línea descendiente de su labio su-

perior, como si se los hubieran cincelado a conciencia. Cerré los ojos. Formas rosadas se movían por el interior de mis pestañas cuando Sylvie dejó escapar un suspiro y carraspeó. Sabía que quería hablar conmigo, señalarme quién había en la piscina, quién estaba haciendo qué con quién y a qué chicos conocía, pero yo lo único que buscaba era que el sol me calentara el rostro y esa sensación de ausencia que puede alcanzarse cuando te tumbas a disfrutar del sol vespertino.

Y estuve a punto de conseguirlo. Tenía la impresión de que la sangre se me había espesado detrás de los ojos y que todas las extremidades se me habían convertido en goma. El golpeteo de pies y el estruendo de los chavales lanzándose al agua desde el trampolín no me molestaban y, a pesar de que notaba el sol quemándome los hombros, permanecí tumbada sobre el cemento, respirando el aroma calcáreo del suelo mojado y el olor a cloro frío que dejaban tras de sí las personas que pasaban por delante.

En ese momento, noté algo frío y húmedo en la mejilla y abrí los ojos. Al principio no veía más que el destello blanquecino del cielo. Parpadeé y una silueta se reveló ante mí, recortada por un intenso rosa. Volví a parpadear y oí la voz de Sylvie, malhumorada pero satisfecha, y supe al instante a quién se refería.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Me incorporé e intenté recomponerme, cubriéndome los ojos y secándome a toda prisa el sudor del labio superior.

Y allí estaba, con el sol a sus espaldas, sonriendo con picardía a Sylvie.

—¡Nos has salpicado! —prorrumpió ella, sacudiéndose unas gotas imaginarias de los hombros.

Sí, había visto y admirado a Tom en casa de Sylvie muchísimas veces, pero aquella era la primera vez que contemplaba su cuerpo en toda su gloria. Intenté apartar la vista, Patrick. Intenté no clavar la mirada en la perla de agua que le cayó de la garganta hasta el ombligo ni en los mechones húmedos de pelo de la nuca. Pero ya sabes lo difícil que es desviar la mirada cuando tienes delante algo que quieres. Así que me centré en sus espinillas: en los relucientes pelos rubios que le cubrían la piel; me re Coloqué las tiras del bañador y Sylvie, con un suspiro exageradamente dramático, repitió:

—¿Qué quieres, Tom?

Nos miró fijamente, secas y enrojecidas por el sol.

—¿No os metéis?

—Marion no puede —anunció Sylvie.

—¿Por qué no? —preguntó, y se volvió hacia mí.

Supongo que podría haberlo engañado. Pero ya entonces me daba verdadero pavor que se descubriera. Al final, la gente siempre te descubre, y luego lo pasas mucho peor que si hubieras dicho la verdad desde un principio.

Tenía la boca seca, pero conseguí responder:

—Porque no sé nadar.

—Tom está en el club de natación —añadió Sylvie con un tono que rozaba el orgullo.

Yo nunca había tenido necesidad de mojarme. El mar era una presencia constante, un rumor y movimiento continuo en el borde de la ciudad. Pero una cosa es eso y otra que yo me tuviera que meter, ¿no? Hasta ese momento, nadar me había parecido algo absolutamente prescindible. Pero ese día supe que no me quedaba otra que lanzarme al agua.

—Me encantaría aprender —dije, y procuré sonreír.

—Tom te enseña, ¿a que sí, Tom? —le preguntó Sylvie mirándolo fijamente a los ojos, retándolo a que se negara.

Tom se estremeció, le quitó la toalla a Sylvie y se la anudó a la cintura.

—Poder, puedo —replicó. Mientras se frotaba sin delicadeza el pelo, en un intento por secárselo con una mano, se volvió hacia Sylvie—. Déjanos un chelín.

—¿Dónde está Roy? —preguntó Sylvie.

Aquella fue la primera vez que oí hablar de Roy, pero no cabía duda de que a Sylvie le interesaba, a juzgar por cómo se había olvidado de la pregunta sobre las clases de natación para torcer el cuello y echar un vistazo por detrás de su hermano.

—Buceando —contestó—. Déjanos un chelín.

—¿Qué hacéis luego?

—¿Y a ti qué te importa?

Sylvie abrió el neceser del maquillaje y se examinó un momento antes de añadir con voz queda:

—Fijo que vais al Spotted Dog.

En ese instante, Tom dio un paso al frente y le dio un manotazo juguetón a su hermana, pero ella se apartó para esquivar su mano. A Tom se le cayó la toalla al suelo y yo volví a desviar la mirada.

No tenía ni idea de cuál era el problema del Spotted Dog, pero tampoco quería demostrar mi ignorancia, así que cerré la boca.

Sylvie dejó que se sucedieran unos segundos de silencio antes de murmurar:

—Seguro que os vais para allá. Lo sé.

Acto seguido, agarró una esquina de la toalla, se levan-

tó de un salto y comenzó a enrollarla hasta formar un látigo. Tom se abalanzó sobre ella, pero Sylvie fue más rápida. El extremo de la toalla restalló sobre su pecho y le dejó una marca roja. En aquel momento, tuve la sensación de que la marca le latía, pero ahora ya no tengo nada claro. Pero, vaya, que te lo puedes imaginar: nuestro hermoso muchachito maltratado por su hermana pequeña, marcado por una suave toalla de algodón.

Un fugaz gesto de ira le atravesó el rostro y a mí se me pusieron los pelos de punta; estaba empezando a hacer frío, y una sombra reptaba por el suelo hasta cubrir a las personas que tomaban el sol. Tom miró al suelo y tragó saliva. Sylvie se mantuvo a la espera, sin tener del todo claro cuál sería el próximo movimiento de su hermano. Con un agarrón repentino, recuperó la toalla; Sylvie comenzó a esquivarlo y a reírse mientras él agitaba con violencia el arma improvisada, atizándola de cuando en cuando con uno de los extremos —a lo que ella reaccionaba con un agudo chillido—, pero fallaba casi todos los golpes. ¿Sabes? En ese momento me di cuenta de que se había calmado, de que iba de aquí para allá caminando sin prisa y mostrando una torpeza fingida, burlándose de su hermana con el pretexto de sus músculos y precisión, con la idea de que él sí que podía darle un buen sopapo.

—Mira, yo tengo un chelín —exclamé, rebuscando en el bolsillo de mi cárdigan. No me quedaba más dinero, pero se lo di de todas formas.

Tom dejó de sacudir la toalla. Estaba resollando. Sylvie se frotó la parte del cuello en la que la había golpeado.

—Eres un abusón —masculló.

Él alargó la palma de la mano y yo deposité la moneda,

rozándole a conciencia la cálida piel con las puntas de los dedos.

—Gracias —respondió, y esbozó una sonrisa. Luego sonrió a Sylvie—. ¿Estás bien?

Sylvie se encogió de hombros.

Cuando Tom nos dio la espalda, ella le sacó la lengua.

De camino a casa, me olí la mano y percibí un ligero aroma metálico. El olor de mi moneda habría impregnado ahora también los dedos de Tom.

Antes de que Tom se fuera a hacer el servicio militar, me ofreció un rayo de esperanza al que me aferré hasta su regreso y, para qué nos vamos a engañar, incluso hasta mucho después.

Era diciembre y había ido a casa de Sylvie a merendar. Comprenderás que Sylvie apenas venía a mi casa, porque ella tenía su propia habitación, un tocadiscos portátil y botellas de Vimto, mientras que yo compartía habitación con Harry y lo único que teníamos para beber era té. En casa de Sylvie, en cambio, comíamos lonchas de jamón, pan de molde, tomates y crema para ensaladas, seguido de mandarinas en almíbar y leche evaporada. El padre de Sylvie tenía una tienda en la parte delantera de la casa donde vendía postales provocativas, chupetes de caramelo, paquetes de frutas escarchadas caducadas y muñecas de conchas con collares de algas secas. Se llamaba Happy News porque también vendía periódicos, revistas y libros picantes envueltos en celofán. Sylvie me contó que su padre vendía cinco copias del *Kamasutra* cada semana, y que la cifra se disparaba en verano. En ese momento, lo único que sabía

era que el *Kamasutra*, por razones que se me escapaban, me estaba vetado; pero fingí sorpresa de todas formas, abrí mucho los ojos y balbucí un «¿qué me cuentas?» mientras Sylvie asentía, triunfal.

Comíamos en el cuarto de estar, mientras el periquito de la madre de Sylvie nos proporcionaba un gorjeo de fondo constante. Había sillas de plástico con las patas de metal y una mesa impoluta sin mantel. La madre de Sylvie llevaba un pintalabios de un tono anaranjado y, desde donde estaba sentada yo, me llegaba el aroma a lavanda del producto de limpieza que le impregnaba las manos. Estaba muy por encima de su peso ideal, algo que nunca entendí, porque solo la veía comer hojas de lechuga y rodajas de pepino, y no bebía más que cafés solos. A pesar de aquella aparente abnegación, sus rasgos parecían haberse perdido entre los pliegues de carne hinchada de su rostro, y tenía unos pechos descomunales que siempre estaba dispuesta a exponer, como un gigantesco merengue bien montado en la ventana de un pastelero. Cuando consideraba que no podía seguir mirando más a Tom, sentado al lado de su madre, fijaba la vista en el escote acolchado de la señora Burgess. Era consciente de que aquello tampoco estaba bien, pero era un mal menor comparado con que me pillara repasando de arriba abajo a su hijo. Estaba convencida de que sentía el calor que emanaba de Tom; tenía el antebrazo desnudo apoyado sobre la mesa y yo creía que su piel estaba caldeando la habitación entera. Y encima lo olía (no eran imaginaciones mías, Patrick); olía..., ¿te acuerdas?, olía a brillantina, claro, Vitalis en aquella época, supongo, y a talco con aroma a pino, y luego ya supe que se lo echaba todas las mañanas en las axilas antes de po-

nerse la camiseta. En ese momento, como recordarás, a los hombres como el padre de Tom no les parecía nada bien el talco. Ahora la cosa es distinta, claro. Cuando voy al súper de Peacehaven y paso por delante de todos esos chicos jóvenes, veo que llevan el pelo casi igual que Tom entonces, hasta arriba de gomina y con formas impensables, y me sobrecoge el aroma artificial de sus perfumes. Los chavales de ahora huelen a mueble nuevo. Pero Tom no olía así. Olía a pasión, porque, antiguamente, los hombres que se tapaban el sudor con talco eran bastante sospechosos, y a mí eso me resultaba interesante. Y es un dos por uno, ¿sabes? Tienes el olor fresco del talco, pero, si te acercas lo suficiente, te llega el aroma terroso y cálido de la piel que tapa.

Cuando nos terminamos los bocadillos, la señora Burgess nos trajo los melocotones enlatados en platitos rosas y nos los comimos en silencio. Luego Tom se secó el zumo dulce de los labios y anunció:

—Hoy he ido a la oficina de la mili. A ofrecirme voluntario. Así puedo escoger el puesto. —Apartó su plato y miró fijamente a su padre—. Comienzo la semana que viene.

Después de dirigirle un breve gesto con la cabeza, el señor Burgess se puso en pie y alargó una mano. Tom hizo lo propio y se la estrechó. Dudé sobre si se habrían dado la mano alguna vez. No parecía que fuera algo que hicieran a menudo. Se dieron un apretón firme y los dos miraron alrededor como si no supieran qué hacer a continuación.

—Siempre tiene que quedar por encima de mí —me susurró Sylvie al oído.

—¿Qué has elegido? —le preguntó el señor Burgess aún de pie, sin apartar la vista de su hijo.

Tom carraspeó.

—Estoy en la cocina.

Los dos hombres se miraron fijamente y Sylvie dejó escapar una risita.

El señor Burgess se sentó de repente.

—Esto hay que celebrarlo, ¿no? ¿Saco alguna bebida, Jack? —La señora Burgess tenía la voz aguda, y me pareció oír un crujido cuando echó atrás su silla—. Esto pide un brindis, ¿no? Hay que celebrarlo.

Al levantarse, tiró lo que le quedaba del café sobre la mesa. El líquido se extendió por el plástico blanco y goteó hasta la alfombra del suelo.

—Mira que eres cerda —masculló el señor Burgess.

Sylvie soltó otra risita.

Tom, que parecía haber entrado en una especie de trance y seguía con el brazo algo extendido hacia donde le había estrechado la mano a su padre, se acercó a su madre.

—Voy a por un trapo —dijo, tocándole el hombro.

Después de que Tom se fuera de la estancia, la señora Burgess echó un vistazo alrededor de la mesa, asimilando los rostros de todos los presentes.

—Menuda faena. ¿Ahora qué hacemos? —preguntó.

Hablaba tan bajo que llegué a preguntarme si alguien más la habría oído. Y, de hecho, nadie respondió de inmediato, hasta que el señor Burgess suspiró y dijo:

—Estar en la cocina no es precisamente luchar en el Somme, Beryl.

La señora Burgess sollozó y se fue detrás de su hijo. El padre de Tom no dijo nada. El periquito gorjeaba alegre mientras esperábamos a que Tom volviera. Lo oía mur-

mullar en la cocina, y me imaginé a su madre llorando en sus brazos, devastada, igual que yo, por su marcha.

Sylvie le dio una patada a mi silla, pero en lugar de girarme hacia ella, clavé la mirada en el señor Burgess y comenté:

—Los soldados también tienen que comer, ¿no?

Procuré mantener un tono firme y neutro. Más tarde, descubrí que era lo mismo que hacía cuando un crío me preguntaba algo en clase o cuando Tom me decía que ese finde te tocaba a ti, Patrick.

—Seguro —concluí— que Tom será buen cocinero.

El señor Burgess soltó una risotada tensa antes de apartarse de la mesa y bramar en dirección a la puerta de la cocina.

—Por el amor de Dios, ¿qué pasa con la bebida?

Tom volvió a la sala de estar con dos botellines de cerveza. Su padre le arrancó uno de la mano, se la puso justo delante de la cara y le recriminó:

—Enhorabuena, ya has disgustado a tu madre.

Cuando acabó de hablar, salió de la habitación, pero en vez de ir a la cocina a consolar a la señora Burgess, como yo pensaba, lo oí cerrar la puerta principal de un golpe.

—¿Has oído lo que ha dicho Marion? —croó Sylvie, quitándole la otra botella y girándola entre las manos.

—Esa es mía —replicó Tom, antes de recuperarla.

—Marion ha dicho que serás un buen cocinero.

Con un hábil golpe de muñeca, Tom liberó el aire de la botella y dejó a un lado la tapa y el abridor. Cogió un vaso de la parte superior del aparador y se sirvió con cuidado media pinta de una densa cerveza tostada.

—Bueno —contestó, sosteniendo la bebida ante sus

ojos e inspeccionándola antes de darle un par de sorbos—, no se equivoca. —Se secó la boca con el dorso de la mano y me miró fijamente—. Me alegro de que haya alguien con dos dedos de frente en esta casa —añadió con una sonrisa de oreja a oreja—. Oye, ¿yo no te tenía que enseñar a nadar?

Aquella noche, escribí en mi libreta negra de tapa dura: «Su sonrisa es como una luna de otoño. Misteriosa. Cargada de promesas». Me acuerdo de lo satisfecha que me sentía con aquellas palabras. Y, a partir de aquel día, todas las noches llenaba la libreta con mis anhelos por Tom. «Estimado Tom», escribía. O, a veces, «querido Tom», o incluso «queridísimo Tom», pero era un capricho que no me concedía muy a menudo; por lo general, me conformaba con el placer de ver su nombre aparecer ante mis ojos por mi propia mano. En aquella época era una persona muy complaciente. Porque cuando te enamoras de alguien por primera vez, con su nombre te basta. Ver cómo mi mano dibujaba el nombre de Tom me bastaba. O casi.

Describía los sucesos del día con un nivel de detalle que rozaba lo absurdo, rematado con ojos celestes y cielos carmesíes. Creo que nunca llegué a escribir nada sobre su cuerpo, aunque huelga decir que era lo que más me impresionaba; deduzco que escribía sobre la nobleza de su nariz (que, de hecho, era más bien chata, como si la tuviera aplastada) y el tono grave de su voz. Para que veas lo básica que era, Patrick. A más no poder.

Me pasé casi tres años anotando mis anhelos por Tom, y no veía la hora de que llegara el día en que viniera a casa y me enseñara a nadar.

¿Te parece ridícula esta obsesión, Patrick? A lo mejor no. Sospecho que conoces el deseo mejor que nadie, esa forma que tiene de crecer cuando lo niegas. Tenía la sensación de que echaba de menos a Tom cuando volvía a casa de permiso, y ahora me pregunto si era algo premeditado. ¿Sería esperar su vuelta, privarme de la presencia del verdadero Tom y, en su lugar, escribirle en mi diario, una manera de amarlo aún más?

Durante las ausencias de Tom, le di bastantes vueltas a mi carrera profesional. Me acuerdo de que tuve una entrevista con la señorita Monkton, la vicedirectora, hacia el final del instituto, cuando estaba a punto de presentarme a los exámenes, y ella me pregunto cuáles eran mis planes de futuro. Mostraban mucho interés por las chicas que tenían planes de futuro, aunque ya entonces sabía que no era más que una quimera que solo se sostenía dentro de los muros del instituto. Fuera, los planes se desmontaban, sobre todo en el caso de las chicas. La señorita Monkton tenía el cabello bastante desaliñado para la época: era una maraña de rizos definidos y salpicados de plata. Yo estaba bastante convencida de que fumaba, porque tenía la piel del color de un té pasado de infusión y los labios secos, tensos, y casi siempre dibujando una sonrisa irónica. En el despacho de la señorita Monkton anuncié que me gustaría ser maestra. Fue lo único que se me ocurrió en aquel momento; me pareció mejor que decirle que quería ser secretaria, pero tampoco llegaba a ser algo absurdo, como, no sé, ser novelista o actriz, dos profesiones a las que soñaba dedicarme en secreto.

Creo que es la primera vez que le confieso eso a alguien. Total, que la señorita Monkton giró la tapa del bolígrafo hasta que hizo clic y contestó:

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

Me quedé pensativa. Tampoco podía decirle: «Es que no sé qué más puedo hacer». O: «No tiene pinta de que me vaya a casar pronto, ¿no cree?».

—Me gusta la escuela, señora.

Mientras pronunciaba las palabras, caí en la cuenta de que era verdad. Me gustaba la regularidad de los timbres, las pizarras limpias, los escritorios polvorientos llenos de secretos, los largos pasillos hasta arriba de chicas, el hedor a aguarrás de la clase de plástica, el sonido del inventario de la biblioteca mientras lo hojeaba con los dedos. Y, de repente, me imaginé frente a una clase, con una elegante falda de *tweed* y un moño impecable, ganándome el respeto y el afecto de mis estudiantes mediante métodos exigentes pero justos. Entonces no tenía ni idea de lo mandona que acabaría siendo, ni de hasta qué punto la educación me cambiaría la vida. Tú mismo solías llamarme mandona, y tenías razón; la enseñanza se te mete dentro quieras o no. Eres tú o ellos, ¿sabes? Tienes que plantarte. Fue de las primeras cosas que aprendí.

Los labios de la señorita Monkton se curvaron en una de sus sonrisas.

—Desde el otro lado del escritorio, la cosa cambia bastante —contestó. Hizo una pausa, dejó el bolígrafo y me dio la espalda girándose hacia la ventana—. Mira, Taylor, no quiero aguarte las ambiciones, pero la enseñanza exige una dedicación tremenda y un aguante considerable. No es que no seas una buena estudiante, pero creo que un

empleo de oficina te encajaría más. ¿Algo más tranquilo, quizá?

Clavé la mirada en el hilo de leche que flotaba sobre su taza de té, ya enfriándose. Sin contar con la taza, el escritorio estaba completamente vacío.

—Y, a todo esto —prosiguió, y volvió a girarse hacia mí para echar un vistazo al reloj colgado encima de la puerta—: ¿qué opinan tus padres de la idea? ¿Están preparados para apoyarte en esta empresa?

No le había dicho ni pío a mi madre ni a mi madre. Si hasta les costó creer que me hubieran admitido en el instituto; cuando se enteraron, mi padre se quejó del precio del uniforme, y mi madre se sentó en el sofá, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Al principio me alegré, porque di por supuesto que eran lágrimas de orgullo por lo que había conseguido, pero al ver que no paraba, le pregunté si estaba bien y me respondió:

—Ya nada volverá a ser igual. Te iremos perdiendo poco a poco.

Luego tuve que aguantar que se quejaran casi todas las noches porque me pasaba demasiadas horas estudiando en mi habitación y no hablaba con ellos.

Miré a la señorita Monkton.

—Me apoyan en todo —concluí.